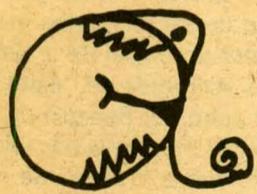
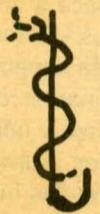
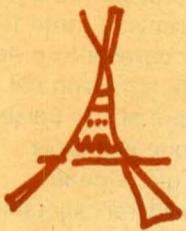


B



por
Hugo
Hinari

Jesusa

Toda comedia radiofónica o radionovela es una obra de arte. Esta proposición no tiene por qué ser alarmante: Sólo quiere decir que al hablar de la radiocomedia utilizaremos palabras como horrible, chistosa, bien actuada, lenta o rápida, deslumbrante, grotesca, elegante... El empleo de este vocabulario nos permite suponer que entre la estatua, el concierto, el soneto y la radiocomedia hay un suelo común que es difícil de precisar y fácil de advertir. Como todo trabajo artístico la radiocomedia puede estar bien o mal hecha — aunque signifique un descenso a los infiernos conceptuales desentrañar en qué podemos fundar esta posibilidad de aplauso o de condena. — No necesitamos ser muy diligentes para entender esto: la comedia radiofónica es un arte casi universalmente reprobado (e ignorado) por los elegidos de las musas. La adaptación al radio de *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska (se trasmite de lunes a viernes a las 10 y media de la mañana (sic) por Radio Educación) ha llamado un poco, no mucho, la atención hacia este arte olvidado, incomprendido y popular. Desde luego, da gusto oír el habla lujosa y barroca de Jesusa, escuchar esa forma de construir y de adjetivar, milagros de edificación y poesía, en los que cada palabra parece nueva, recién nacida y cada expresión es imperiosa y definitiva. Pero, hay que decir que la radiocomedia *Jesusa* (así se llama la adaptación radiofónica) tiene poco de lo que ordinariamente estamos dispuestos a llamar "radiocomedia", porque se trata más bien de una lectura con ilustraciones teatrales, de un monólogo interrumpido aquí y allá con breves diálogos y escenificaciones. No es lo mismo, por ejemplo, que una persona declare que "anda celosa" a asistir a sus dudas, recelos, malicias, a vivir la reproducción de sus torturas. *Jesusa* no es imitación de la naturaleza, es sólo mención de la naturaleza. Por eso *Jesusa* corre tan a prisa, sin la morosidad adecuada a este género, sin el regodeo en cada paso de la peripecia. Claro que al decir esto no se señala un defecto, sino una peculiaridad; tal vez se prefirió esta forma de monólogo por salvar los tesoros del texto original, o tal vez porque es más fácil, menos arriesgado y trabajoso. Pero, quienes gustamos del arte de la radiocomedia hubiéramos preferido la presentación viva, la incursión sonora al mundo y la vida de Jesusa Palancares.

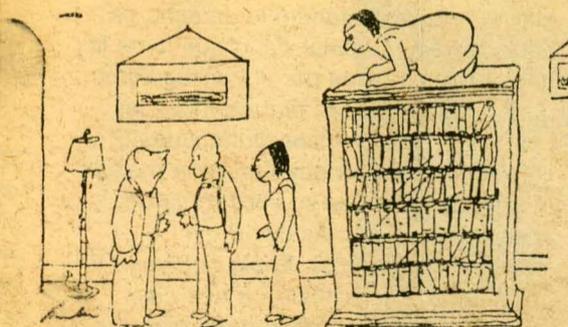
Estética del exceso

Bien puede ser que el dato primordial para iniciarnos en la comprensión de las radionovelas sea su periodicidad, el ritmo de su exposición: debe ofrecer apretadamente el retrato de sus personajes y con celeridad anudar los conflictos; no caben vacilaciones ni pérdidas de tiempo, porque el auditorio es impaciente y, sobre todo, porque suele entregarse a varias tareas al mismo tiempo; así que es necesario que los personajes estén bien definidos y el conflicto sea muy claro. Estas condiciones ineludibles de buena factura artística, suelen ser ignoradas por sociólogos, comunicólogos y por todo género de payasos explicadores que con dos o tres capítulos de radiocomedia tienen para escribir todo un tratado de moral. Es necesario que la radiocomedia sea muy machacona y diga una y otra vez las cosas. De aquí brota, también, la predisposición a concebir personajes unívocos y contundentes: es muy difícil dar de un golpe a un ser humano de "carne, hueso y vacilación estimativa", como diría un lector de Ortega y Gasset. Pero, aquí entran las virtudes de la insistencia y la reiteración: se puede arrancar con un retrato maniqueo: un sujeto, después de patear a sus hijos, camino al burdel, le roba 22 pesos a un limosnero; todo bien hasta el momento, pero capítulos más tarde, a lo largo de la pormenorizada exposición, veremos al tipo como a un conmovedor que patea a sus hijos porque son insoportables y atroces, roba al mendigo porque es un banquero disfrazado y ha entregado los 22 pesos a la sociedad de defensa del

pingüino real; y, sin embargo, más tarde, el mismo individuo, víctima de la pesadumbre de la ira, muerde el brazo de su tía abuela, y se restablece así la ambigüedad tan cara a los puristas de la etopeya. Es verdad que el maniqueísmo es mal de la radionovela, pero también es deleite porque se llega a grados de exageración conmovedores, dignos de la estética expresionista, la estética de la descortesía y el exceso.

Iconografía de las dos señoras Harris

Si no el más célebre, éste es el más discutido dibujo del maestro norteamericano James Thurber. Como todos los grandes artistas crípticos, Thurber deja a los otros los arduos trabajos iconográficos. Así, mucho se ha discutido si la primera esposa está o no está disecada; se argumenta en favor que encima del librero está bien sólo en calidad de objeto de ornato, pero, se replica, ¿por qué disecarla así gateando y acechante? Algunas revelaciones recientes acerca de la historia del dibujo han contribuido a aclarar el problema: Thurber pretendió dibujar una escalera y situar en ella a la primera esposa, al fracasar transformó la escalera en librero. Pero, apenas se resuelve un problema y brota otro: Julieta Ampudia, zurda lectora de Erwin Panofsky se pregunta alarmada qué libros puede leer esa gente. Se genera así una pregunta abierta que todos están invitados a responder. El mundo de Thurber, como él o los otros, está sujeto a toda clase de interpretaciones. Si no considérese este dibujo, conocido como el enigma de Millmos.



— Aquella de arriba es mi primera esposa, y ésta es la actual señora Harris.



— ¿Qué ha hecho usted con el doctor Millmos?